

X

— ¿Entonces, señor Amoretti, ese supuesto tío del señor de Prédalgonde, que se hace llamar conde de San-Vicente?...

— Es el jefe de los *filósofos* de París, el que podríamos apellidar Rey de los *griegos*, si no temiésemos ofender á una nación amiga. Su verdadero nombre es Rascol, aunque también se le conoce por Panpan, Fillette y el padre Poisse. Ya ha estado condenado tres veces por robo y estafa. Le conocen muy bien y tienen su cédula en la sección antropométrica.

Hiénard, sentado á horcajadas en una silla de su estudio, fumaba un cigarrillo mirando al agente, reclinado sobre un diván y entretenido en repasar tranquilamente las notas de su cartera. Frégose, sentado junto á la estufa y seducido por el relato del polizonte, amasaba maquinalmente una bolita de plástico modelando sin darse cuenta entre sus hábiles dedos, una figurilla preciosa.

— ¿Pero por qué la prefectura, puesto que conoce á ese pillo, no manda prenderle?

— ¡Oh, señor, ya se lo he dicho á usted! Para

detener á alguien se necesita un motivo, un proceso, un mandato : todos los días nos codeamos con bandidos que sabemos están preparando una jugada, y á quienes, sin embargo, no podemos decir nada. Además, Rascol estaba tan admirablemente disfrazado bajo la personalidad del conde San-Vicente, que ha sido necesario desarrollar una larga serie de pesquisas para identificar su verdadera personalidad. Aún tengo para mí que todavía no hemos llegado al fin de la pista y que tras Rascol hay algo más. Si usted supiese lo que hace ese hombre, no volvería usted de su asombro... Una mañana le sorprendí en la puerta de su casa, boulevard Haussmann; salía con el gabán al brazo y el traje y la cabeza del conde San-Vicente. Tomó un coche en la estación de San-Lázaro y se hizo conducir á la calle Albouy, número 9. Cuando descendió del vehículo se había puesto el gabán y había cambiado de cabeza.

— ¿Y cómo así? — preguntó Hiénard muy interesado.

— De un modo bien sencillo. Bajó las cortinillas y se disfracó de joven substituyendo su peluca gris por una peluca rubia, y afectando otro aire estaba desconocido. Este es Panpan, así llamado porque en los bailes públicos de los arrabales y en el Molino-Rojo de Montmartre, en donde es muy temido por su destreza y por su fuerza, tiene la especialidad de dar en el pecho dos golpes irresistibles, « pan, pan »,

que echan al suelo al hombre más fornido. En la calle Albouy el señor Panpan tiene un cuarto, é iba á recoger sus cartas en casa de la portera. Yo creo que está asociado á una partida de malhechores, y que él es quien indica los golpes que deben darse; pero esto pertenece á otro orden de asuntos y ya avisaré al jefe de seguridad.

— ¿Qué tal? — exclamó Frégose aprovechándose de la pequeña pausa hecha por Amoretti para respirar; — ya te dije que ese individuo era interesante como un folletín. ¡Vamos con el próximo número, no nos deje usted enfriar!

— Lo mismo ocurrió en los días sucesivos, y lo diré puesto que desea usted saberlo. En el número 27 de la calle Saint-Honoré, vive el señor Fillette, *bookmaker*, que es el mismo individuo en cuestión. La víspera de las carreras toma las comisiones de todas las personas que van á su casa, especialmente las de los mozos de café, que le llevan su dinero y el de sus parroquianos. Hay un empleado que anota estas cuentas y guarda la casa, porque el señor Fillette no vive allí. En ese escondrijo deben de maquinarse grandes operaciones; y el sorteo de los caballos parece prepararse con excelentes resultados, porque los adiestradores y los jockeys, son amigos del personaje, y todos los negocios los tratan generalmente mientras almuerzan, en un gabinete situado en el entresuelo de un restaurant, cerca de Saint-

Roch. Allí están tranquilos y hablan sin temer que ningún indiscreto les oiga, protegidos por el patrón que es de la partida. También por este lado tenemos que descubrir algún basurero.

— ¿Y la cabeza, — preguntó Hiénard, — la cabeza del buen hombre, cambia también en este nuevo papel?

— El lado pintoresco y artístico le seduce á usted, — dijo Amoretti, — y lo comprendo. Para mí, es el principal atractivo de mis investigaciones; me interesa una transformación bien hecha y me apasiono como por un actor. ¡Pues bien! El señor Fillette es más pequeño que Panpan; es moreno, barbado y habla con un marcado acento meridional. Panpan es tenor; el señor Fillette es barítono. En cuanto al último tipo encarnado en este maestro del arte de engañar, es el padre Poisse, que habita en la calle Teresa, cerca de la avenida de La Ópera. ¡Ah! el padre Poisse es la providencia para aquellos á quienes el Monte de Piedad no quiere prestar dinero á cambio de sueldos inciertos ó de objetos mal adquiridos. El padre Poisse tiene la barba y los cabellos grises, la nariz aguileña, los ojos de buitre y las cejas erizadas: recibe á su clientela todas las mañanas, hasta las doce, en un cuarto desmantelado en que reina un frío glacial, y viste un gorro negro y una bata salpicada de manchas. Allí es á donde los pillos ó los buscavidas le llevan las joyas y los brillantes robados

en casas de las mujeres, los cuadros empeñados por los jugadores que tenían que liquidar una cuenta urgente, las obligaciones nominales robadas en diferentes raterías. Pero no se apresuren ustedes á acusar á la policía de conocer al padre Poisse, y de dejarla ejercer tranquilamente su honrado oficio. Le conoce muy bien y hasta se sirve del viejo prestamista; gracias á sus indicaciones se descubren y persiguen á muchos de los autores de los robos que se cometen en París y en otras partes. El padre Poisse es un auxiliar poderoso y sus operaciones, por lucrativas que sean, también son útiles á la prefectura en un momento dado. Tales son las múltiples metamorfosis del individuo que usted me designó como conde de San-Vicente, y en quien yo he descubierto á Rascol, el príncipe de los *filósofos* internacionales.

— ¿Y cuáles son las relaciones de Rascol con el señor de Prédalgonde?

— Ningunas, y aquí es en donde mejor resalta la habilidad de los dos compadres. El señor de Prédalgonde no ve nunca á Rascol, ni le conoce; sólo se reúne con su tío, el conde de San-Vicente; ese viejo gotoso, de mirada mortecina y ademanes acariciadores, con quien no se dejaría á solas á un jovencillo de dieciséis años. Entre el señor de Prédalgonde y la asociación de ladrones de que forma parte Rascol, media en apariencias, un abismo infranqueable: abismo que se llena fácilmente sabiendo que Rascol

es el conde de San-Vicente. Luego, no hay que dudar, de que el dinero derrochado por el señor de Prédalgonde proviene de lo que roban en el juego él y otros, y de todas las industrias ejercidas por su socio, que son, á no dudarlo, muy lucrativas.

— ¿Entonces, es un bandido? — dijo Hiénard á media voz; — casi hubiera deseado que no lo fuese.

— Y, sin embargo, — repuso Frégose, — has hecho todo lo posible por averiguarlo.

— Tranquilízate, que no tardaré en concluir esta aventura. Ese hombre está de más en la vida, y hay que hacerle desaparecer de un modo ó de otro.

— Mucho cuidado, querido maestro, — dijo Amoretti: — tiene usted que habérselas con gentes sin escrúpulos, ya lo sabe usted, pero á sus órdenes hay bandidos dispuestos á todo. Vive usted en un barrio muy solitario por las noches, y en el cual los agentes de seguridad están separados. No se retire usted tarde y lleve siempre consigo un buen revólver de seis tiros.

— ¡Oh, yo no me separaré de ti, Hiénard, mientras haya algún peligro. Pierda usted cuidado, que yendo yo con él, nadie le tocará.

— ¡Bah! ya sabes que no me atacarían sin peligro, y que con las lecciones que recibo de Charlemont puedo vencer á un hombre, y aun á dos.

— ¡Diantre! querido maestro, yo lo creo así, si le atacasen á usted noblemente: pero lo terrible es que

le hieran á traición con un cuchillo.... ¡ Desconfíe usted!

— ¡ Oh, Prédalgonde, ése no se moverá!

— ¿ Pero, Rascol?

— ¡ Ah! Rascol.... Rascol.... Hace tiempo conocí en un figón, á donde solía ir á almorzar, á un individuo como de cincuenta años, á quien llamaban el señor Rascol. Decían que era el querido de la patrona. Tenía una figura equívoca, ambigua, la mandíbula de lobo, los ojos pequeños y penetrantes.... Todo el tipo de un antiguo pillastre enriquecido.

— ¿ Y cómo se llamaba la dueña del establecimiento?

— La señora Mascart.

Amoretti se echó á reír.

— ¡ Ah, la señora Mascart! Ésa también suele dar indicaciones como el padre Poisse. Merced á ella prendieron el año pasado al desterrado ruso Tolomine, á quien acusaban de estar preparando bombas para los nihilistas de San-Petersburgo.... ¡ Oh! si es en casa de la señora Mascart en donde ha visto usted á ese Rascol, esté usted seguro de que es el nuestro....

— Ahora lo voy comprendiendo todo, — dijo Hiénard dando un golpe en la silla; — á casa de la señora Mascart iba también Prédalgonde, que entonces no se llamaba así, y á quien Rascol conoció en la miseria; y allí fué donde le vió también una her-

mosa muchacha, Julieta Maubert, cuyo testimonio puede sernos muy útil en un momento dado. Es más: las conversaciones que han tenido esas mujeres acerca de mí, son las que han podido inducir á esos aventureros á fraguar las combinaciones de que es víctima mi madre. Julieta se complacía en hablar de la renuncia que yo había hecho de la herencia paterna, y de la fortuna enorme de la duquesa de Diernstein.... Todo el enredo se descubre. ¡ El aislamiento en que he dejado á mi madre tiene la culpa de todo!....

Hiénard se levantó con aire sombrío y empezó á pasearse por el estudio.

— ¡ Ahora no irás á recriminarte á ti mismo! — dijo Frégose; — porque eso ya sería demasiado....

— No me acuso, amigo mío; no hago más que constatar un hecho. Mi alejamiento de la casa materna es lo que ha precipitado á mi madre en el lazo en que ahora se halla presa.... He obrado según mi dignidad y mi delicadeza, y ahí está el resultado.... Yo era el apoyo natural de mi madre; también debí ser su tutor moral. Y, por odio á la lucha y antipatía á las dificultades, la he dejado expuesta, tan débil como es, á las peores asechanzas... He cometido un error gravísimo y necesito repararlo.

— Para eso trabajaremos contigo, — dijo Frégose.

— En resumidas cuentas, — agregó Hiénard; — el señor de Prédalgonde ha vuelto á la Avenida de

Antin hace cinco días, la duquesa de Diernstein regresó, casi al mismo tiempo, á la Avenida de los Campos-Eliseos, y es indudable que durante estos cinco días el señor de Prédalgonde no ha ido á verla. En cambio, ha ido todas las tardes, á las cinco, á visitar á la señorita Maréchal. Así están las cosas.

— Perfectamente, — dijo Amoretti.

— ¡Pues bien! por este lado se da en beneficio mío una batalla que, supuesto el curso de los acontecimientos, me parece de las más trascendentales. Voy á ver á la señorita Maréchal. Entretanto, no hagáis nada más, que si debemos empezar de nuevo las hostilidades, ya se lo diré á ustedes y entonces nos tiraremos á fondo.

— Le obedezco á usted punto por punto, querido maestro. Ya sabe usted donde encontrarme. Á la menor indicación, soy con usted.

— Perfectamente.

El señor Amoretti cogió su sombrero y su bastón y se dispuso á salir.

— ¡Ah! — dijo Hiénard, — de todos modos ¿no nos podría usted enseñar al señor Panpan, aunque sólo fuese por amor al arte?

— Nada más fácil. Podemos encontrarle en sus lugares favoritos, cuando usted quiera. En una hora recorriendo los sitios sospechosos y los barrios de la Butte, puedo averiguar, por medio de mis compañeros, dónde se encuentra.

— Siempre recurriremos á usted, porque será interesante, después de haber visto al señor de San-Vicente dormirse en un salón, verle pataleando en un baile público. Ese socarrón me ha engañado durante mucho tiempo, y justo es que le pague en la misma moneda....

— Le obedeceré á usted, querido maestro, pero si fuese usted juicioso no iría á provocar á esas gentes en su terreno. Lidiando con ellos, siempre está uno expuesto á recibir un golpe....

— ¡Oh! señor Amoretti, los golpes se cambian y recibirlos es lo de menos. Lo importante es devolverlos. Y, crea usted; yo soy de una familia que ha dado muchos y ha recibido muy pocos.... Pierda usted cuidado; seré consecuente con la tradición.

El señor Amoretti tenía razón al aconsejarle prudencia á Juan Hiénard. Mientras él procuraba informar al escultor acerca de Prédalgonde y del señor de San-Vicente, éstos, que estaban tan bien servidos como la misma policía, ya sabían los trabajos ejecutados para conocer sus verdaderas personalidades. Á eso de las diez se hallaba Roger en su gabinete-tocador concluyendo de vertirse y charlando con su supuesto tío, y lo que éste le contaba parecía contrariarle mucho :

— La policía nos va á los alcances — decía el conde de San-Vicente con acento mordaz; — y eso tenemos que agradecerélo al cochino del escultor. ¿Y sabes

quién nos vigila? Pues era de suponer: Amoretti, el de la brigada del juego. Ya están en la pista y dentro de muy poco tiempo nos harán una canallada.

— Explíquese usted.

— ¿Diantre, no está claro? Tú vas á ser denunciado á los comités de los círculos y no podrás dar tres golpes seguidos sin que te cojan las cartas para ver cómo las tienes arregladas....

Prédalgonde se encogió de hombros con [indiferencia y sacó un cigarrillo de una cajita de cristal.

— Sí, — prosiguió su interlocutor, — parece que esto te preocupa tanto como esa cerilla después de apagada.... Y el juego es, en suma, lo que nos ha sostenido hasta aquí y lo que ha pagado las carreras, el yate, el hotel, el lujo y lo demás.... Si nos vemos forzados á suprimir las operaciones, tendremos que reglamentar los gastos.... ¿y entonces, qué vas á hacer?

— No se apure usted, — dijo Roger sonriendo tranquilamente : — resistamos aún quince días y después estaremos á flote....

— ¡ Ah, sí, siempre soñando! ¡ El gran matrimonio, la mina de oro de tu beldad!.... Ya sabes que he perdido la fé en tus cábalas matrimoniales.... Ya ha marrado una, y la vieja duquesa que tú imaginabas tener al alcance de la mano, me parece que fué dura de pelar.... ¡ Cosa extraordinaria á sus años!

— Ya sabe usted que yo he sido quien la ha dejado.

— Y no creas que hiciste bien. Más vale un toma, que dos te daré.

— Usted mismo ha visto que la empresa era peligrosa, puesto que Hiénard nos interrumpe á cada momento. ¿No volverme á ocupar de la madre, no es desembarazarme de él en un instante? Mi resolución, por tanto, es útil y juiciosa. Y, además, compare usted á la señorita Maréchal con la duquesa. Usted sabe que el padre Maréchal es el hombre más rico de Francia, y no cede á los americanos en dinero....

— No te querrá por yerno.

— Aceptará al que quiera su hija, con tal de verla casada.

— ¿ Estás seguro de ella?

— Todo lo seguro que se puede estar de una mujer.

— ¡ Vamos, te reconozco! Ya empiezas á tener sentido común. Desconfía. Yo recelo un lazo, y sabes lo fina que tengo la nariz para olfatear el peligro. Estamos comprometidos en un mal negocio.... Los dedos se me vuelven huéspedes, como cuando me he equivocado en la colocación de los naipes, y voy á sacar un ocho por un nueve. ¡ En eso hay algo de magnético y no me engaño nunca!

— ¡ Pataratas! Ahora me va usted á contar historietas de sonámbulos... ¡ Diantre, cuidado si tiene usted estómago! Hay que dar el golpe infalible-

mente. Si triunfo en los dos cuadros, ¿sabe usted? tendremos millones hasta los ojos y para toda la vida. Eso merece tenerse en cuenta. Usted ha querido hacer de mí el Rey de París; ya tengo los pies sobre el trono y ahora que sólo me resta extender la mano para coger la corona, viene usted á asústarme con consejas de vieja nerviosa. Si á usted le falta valor, no me lo quite á mí; no se ocupe usted de mis asuntos, déjeme solo y viva tranquilo, que cuando yo guarde en el bolsillo la llave de la caja, no me olvidaré de usted. Usted tendrá su parte.

— ¡ Oh, ya sé que no eres ingrato! Además, que no podrías serlo, porque estamos demasiado unidos el uno al otro para que me rechaces cuando hayas llegado al pináculo. La cuestión es esa, llegar.

— Quince días más de sosiego, y vencemos.

— ¿ Nos los dejará Hiénard?

Roger hizo un ademán siniestro y repuso con acento áspero:

— ¡ Oh, mi viejo! Eso le corresponde á usted. Aréglese usted para que nos dejen en paz: á mí, por lo menos.

— ¿ Aunque sea preciso romperle la cara á un hombre?

— Aunque sea necesario rompérsela á dos. Lo importante es que la operación se haga bien y que no nos comprometamos.

El señor de San-Vicente se frotó las manos.

— ¡ Ya está dicho! Ea, ¿ estás ahora contento?

— ¡ Viejo bandido!.... Lo que he dicho halaga vuestras antiguas ideas de matasiete, ¿ eh? Ya está usted alegrete ante la perspectiva de un golpe de fuerza. Pero, tenga usted cuidado; nada de escándalos inútiles. Si puede usted matar á Hiénard en un rincón, de modo que atribuyan el accidente á una riña, eso es lo mejor; pero no se aventure usted á sacar cuchillos ó revólveres sin necesidad. Prefiero que me desembarace usted del escultor, á tenerle que matar en duelo uno de estos días. Y á eso vamos derechitos, si usted no endereza el negocio.

— ¡ Pues bien, sea enhorabuena! Voy á vengarme de todas las desazones que ese fantasmón me ha dado en estos días. Bastante tengo con vivir con la mosca en la oreja, como los caballos en verano. No puedo dar un paso en la calle sin ver á Amoretti en el horizonte. En cuanto á éste, ya le ha caído trabajo; veremos quién es más fuerte. Conoce algunas de mis cabezas, pero ahora le enseñaré una que no ha visto nunca, y que es buena.

Los dos hombres almorzaron juntos. Luego, á las tres de la tarde, el marqués de Prédalgonde salió en coche. Algunos minutos después, una vieja que parecía campesina, con un gorro de tela sobre su faz curtida, falda de cotonada, delantal azul y un largo cesto en el brazo, abrió una puerta excusada, miró en torno suyo con aire indeciso, y viendo en el ex-

tremo de la calle á un hombre inmóvil que fumaba un puro de á cuarto, se dirigió resueltamente hacia él. Era Amoretti, que habiendo seguido por la mañana al conde de San-Vicente hasta el hotel de la Avenida de Antin, esperaba pacientemente á que saliese. Entretanto había tenido tiempo de almorzar y de tomar su café en el pequeño *restaurant* en que se reúnen los automedontes del vecino punto de coches. Examinó á la mujer que se le acercaba y descubrió las señales de su imbecilidad en su frontal deprimido, en sus ojos muy abiertos, en su boca inexpresiva.

— Dispense usted, — dijo la campesina con un marcado acento picardo: — ¿para ir á la estación de Amiens?...

— ¿ Á la estación del Norte? — rectificó Amoretti.

— No, la estación de Amiens, — repitió la mujer con estúpida insistencia.

— ¡ Pues bien! siga usted los Campos Elíseos, y cuando llegue usted á la plaza de la Concordia, pregunte usted...

— ¿ No hay ningún ómnibus para ir?

— Sí, allí, cerca del puente.... pero pregunte usted por la estación del Norte....

— Si le he dicho á usted la estación de Amiens.

— ¡ Bueno, es lo mismo!...

La mujer pareció estupefacta.

— ¡ Ah, bien, es verdad, bien, bien!....

Y sin dar las gracias se alejó, caminando con paso torpe. Amoretti se echó á reír, pensando: ¡ Mucha será su suerte si llega antes de la noche!.... La siguió con los ojos y la vió desaparecer en la esquina del jardín de París. Á eso de las cinco, Amoretti empezó á impacientarse. Hacía más de ocho horas que esperaba. Después empezó á inquietarse y á reflexionar. De pronto, su semblante se contrajo y exclamó dándose un puñetazo en la cara:

— ¡ Qué idiota, qué idiota soy!.... Era la picarda... ¡ Ese socarrón de Rascol, no sólo se me ha escapado entre los dedos, sino que se ha burlado de mí!

Desde allí se dirigió á su casa, en donde encontró una nota de Frégose, en que le decía: « Venga usted mañana por la noche. Le esperamos en casa del señor Hiénard. »

El marqués de Prédalgonde había llegado, á eso de las cinco, á casa de la señorita Maréchal. En el hermoso hotel que su padre poseía en la calle de la Universidad, la joven tenía sus habitaciones particulares, con una servidumbre consagrada á su servicio. El senador que siempre estaba atareado en multitud de negocios, ocupaba el ala derecha del piso bajo. El centro se destinaba á las grandes recepciones: salón principal, comedor de lujo capaz para cuarenta personas, suntuosamente decorado bajo la regencia por el duque de Seignelay, y que la Revolución había

respetado. En el lado izquierdo estaban instaladas las oficinas que administraban las inmensas propiedades del señor Maréchal. Luciana y su padre tenían sus habitaciones en el piso principal: él, á la derecha; ella, á la izquierda. Nunca almorzaban juntos, pero todas las noches se reunían á las siete en un comedorcito reservado, y allí comían siempre con algunos amigos. Sin la presencia de aquellos extraños, la vida entre el padre y la hija era imposible; porque, aunque el señor Maréchal y Luciana se querían mucho, nunca llegaron á entenderse acerca de nada, y como ninguno de los dos quería ceder un ápice en sus opiniones, estaban en discusión perpetua.

El coche de Prédalgonde no entró en el patio, cuya enorme puerta cochera que aún ostentaba el escudo de los Seignelay, se hallaba abierta de par en par. El marqués se apeó modestamente en la calle de la Universidad, atravesó el espacioso jardín embaldosado, en medio del cual había un musgo con una cesta de flores que imprimía al conjunto una nota viva y alegre, atravesó el vestíbulo en que estaban dos lacayos que holgaban sentados sobre los divanes, y subió al piso principal. El mayordomo, vestido con frak inglés de color castaño, chaleco blanco y pantalón de satín negro, se levantó para abrirle la puerta de una galería en cuyo extremo opuesto estaba el lacayo encargado de introducir á los visitantes en el salón.

— La señorita no está ahí, voy á pasarle aviso. Si el señor marqués quiere tomarse la molestia de entrar....

Prédalgonde, viendo que le trataban con toda confianza, sonrió y pasó. Aquel era el salón de las recepciones familiares, y allí aparecían reunidas para regocijo de la vista, cuantas maravillas antiguas y modernas pudo encontrar el buen gusto de la señorita Maréchal. El mobiliario se componía de un hermoso mueble en tapicería de Beauvais, imitación de Boucher y Oudry, que fué hecho para el rey Luis XV, y por el cual Luciana había pagado doscientos mil francos en pública subasta. Los sillones acolchados en sedas de diversos colores, suplían las pocas comodidades de sus aparatosas apariencias, con sus formas indolentes y redondeadas. Sobre las mesas de madera pintada, adornadas con placas de cobre primorosamente cinceladas, había multitud de obras maestras en porcelana de China y de Saxe. Varias colorras en cristal de roca de inestimable valor, colocadas sobre preciosos cofrecillos de nácar adornaban una consola dorada. En las paredes, y destacándose sobre una magnífica tela de seda color gris plata, se confundían en armónico eclecticismo multitud de cuadros de las escuelas antiguas y modernas. Una puesta de sol de Corot fraternizaba con un paisaje italiano de Lorrain; y una cabeza de hombre de Rembrandt, de líneas vigorosas, jugaba con bailarinas de Degas,

apenas indicadas, pero de una exactitud de movimientos extraordinaria. El célebre retrato de la señorita Mailly, pintado por Nattier, ocupaba todo un testero, iluminando la habitación con sus carnes blanquísimas y su traje espléndido. En el lado opuesto se veía uno de los mejores lienzos de la escuela de 1830: el rebaño de bueyes pasando un vado, original de Troyón. Por todas partes, sobre la chimenea, á lo largo de las paredes, en los rincones, en los veladores, había un hacinamiento de curiosidades escogidas con gusto exquisito, y en el techo, una Aurora de Guido se destacaba sobre un fondo dorado, volando y sonriendo rodeada de amorcillos y de flores. Un aficionado á las bellas-artes podía distraer agradablemente una hora en aquel saloncito, antesala de las suntuosidades guardadas en las grandes habitaciones donde aparecían las preciosas colecciones de armas, de cuadros y lozas adquiridas á fuerza de millones.

Pero Prédalgonde no miraba nada, preocupado únicamente por el recuerdo de la mujer poseedora de tantas riquezas, deseoso de conquistarla, puesto que con ella adquiriría simultáneamente, todos aquellos tesoros. Después se volvió, sorprendido por un ruido de pasos, una puerta que se cerraba y el roce de un vestido de seda: Luciana estaba delante de él.

— Le pido perdón por haberle hecho esperar, — dijo la joven sonriendo y tendiéndole una mano; —

acabo de llegar. La señora de Sauvelys es quien tiene la culpa. Me ha llevado á varios almacenes en donde he derrochado cantidades enormes por objetos sin valor... Pero como el producto se destinaba á los pobres...

Se había sentado delante de la chimenea y, con el busto inclinado hacia adelante, atizaba el fuego; un fuego que, no obstante, ardía perfectamente.

— Decididamente, usted hace todo lo que su amiga quiere, — dijo Roger después de un ligero silencio.

Luciana levantó la cabeza con viveza:

— ¡ No lo crea usted! — dijo; — soy muy voluntariosa, muy autoritaria y salvaje en grado sumo. No consentiría que nadie quisiese atentar contra mi libertad...

— Por lo mismo vuestra simpatía es más preciosa.

— Y, sobre todo, muy rara.

— Entonces, puede uno envanecerse de poseerla, porque supongo que no será caprichosa y tornadiza, y el que merece vuestra estimación tiene grandes probabilidades de conservarla siempre.

— En tanto que se muestre digno.

— ¿ Y qué es preciso hacer para mostrarse digno? Ella se echó á reír con aire de feliz confianza.

— ¡ Ah, eso no lo puedo decir! porque no sé muy fijamente lo que me agrada y lo que me disgusta. La originalidad es esencial. ¡ Sobre todo, no parecerse á la vulgaridad! Mi padre asegura, en sus ratos de

buen humor, que yo sería capaz de enamorarme de un criminal siempre que fuese un hombre de mucho corazón. Pero, tal vez exagere. ¿Qué le parece á usted?

Prédalgonde repuso con acento reposado:

— Yo estoy seguro de no ser un criminal y, sin embargo, tengo esperanzas de poder agradaarla á usted. Creo que con un amor sincero siempre se logra interesar á una mujer de inteligencia y de corazón...

— Sí, pero ahí está el busilis: ¡un amor sincero! ¿Cómo se comprueban los amores sinceros? Antes se luchaba por su dama, exponiendo la vida por ella. Este era el período heroico. La sangre corría, era imposible negar la lealtad de tal aserto. Pero estos tiempos no tienen nada de sublimes. El cariño se manifiesta con galanterías y juramentos afectuosos. Vaya usted á formarse una opinión con arreglo á las promesas de un hombre que asegura estar enamorado... Haría falta siempre un sacrificio, una prueba material... Y aun así, ¿podríamos fiarnos?

— Lo mejor sería dejar hablar el corazón y no reflexionar tanto. El razonamiento es el veneno del amor. Se necesita un grano de locura en el sentimiento avasallador que sólo nos consiente ver al objeto amado. Sacrificarlo todo por una pasión, dar por ella hasta el alma, me parece que es el único medio verdadero para que le crean á uno bajo su

palabra. Y cuando un hombre le ha dicho á una mujer con arrebató: Yo la amo á usted..., imagino que ha dicho todo lo más esencial, y que si no ha logrado convencerla es porque él mismo empezaba por no estar muy convencido.

Luciana le había escuchado sin que su semblante delatase sus pensamientos. Roger, sin embargo, habló con una gracia y una seguridad que hubiesen honrado á cualquier comediante. ¿Y cómo no creer en lo que decía, y sobre todo, cómo rechazarle, viéndole tan guapo, tan altivo y expresándose con aquella voz tan simpática y tan sincera?... Se explicaba que hubiese triunfado tantas veces. Pero Luciana se había comprometido en la difícil empresa de vengar á todas las víctimas, prometiendo desenmascararle delante de sus enemigos.

Una sonrisa iluminó repentinamente el frío semblante de la señorita Maréchal, sus ojos burlones se fijaron sobre el apuesto Prédalgonde, y dijo con su vocecilla sarcástica:

— Vuestro recitado está muy bien, querido amigo, pero yo no me conformo con palabras. Ya sé lo mucho que vale su elocuencia amorosa, pero esa moneda no me conviene. Hablarle de amor por las nubes á una muchacha bonita que crea en los milagros de su belleza, pase; ¿pero á una fea como yo? Es una falta de juicio. Seamos, si á usted le parece, más prácticos, más serios. Al que pretende amarme,

yo le pido garantías, y usted no me da ninguna.

— ¿Qué es preciso hacer? — preguntó Prédalgonde.

— Primeramente, la certidumbre de que no tengo ninguna rival.

Al pronunciar estas palabras decisivas sus miradas penetrantes se fijaron en el rostro del joven, cual si hubiese querido leer en sus ojos y registrarle el cerebro para conocer la verdad.

— ¿Me comprende usted bien? — repitió con tono imperioso, casi amenazador. — Si usted pretende amarme, es indispensable rechazar todo lo que no sea yo misma. Soy exclusivista. Lo quiero todo ó nada. No soporto á nadie conmigo, ni en el presente, ni en el porvenir. Ya lo oye usted: ¡á nadie!

Él oía perfectamente y, entretanto, reflexionaba. Las condiciones estaban expuestas y el negocio se presentaba de un modo que le era familiar. Era un asunto expuesto con perfecta claridad. Para él, la situación era muy sencilla. Era necesario escoger entre la duquesa y la señorita Maréchal. Había un antagonismo entre las dos mujeres: una de ellas, con todo el orgullo de su belleza, pero en el ocaso de su vida; la otra en la plenitud de su juventud, pero humillada por su fealdad. Y la fea quería vengarse de la triunfadora, dando por ello su fortuna y su libertad. De él dependía otorgarle aquella venganza, y no dudó. La situación de dos mujeres disputándose

un mismo hombre, era demasiado corriente para que pudiese encontrarla sospechosa. ¿No había hecho él todo lo posible por provocar la puja? ¿Y no era él, modelo de todas las elegancias, vencedor de todos los *sports*, árbitro de los caprichos de la moda, Rey de París, en fin, consagrado por su boato y por aquella combinación prodigiosa que ponía un tesoro entre sus manos? Tuvo un momento de dulce desmayo y dijo con voz temblona, orgulloso de su apoteosis:

— En donde usted esté, será reina única.

— Así lo quiero.

— Será usted obedecida.

Hizo una breve pausa y añadió con su audacia y desenfado habituales:

— ¿Y en pago de esto, qué favor me concede usted?

Ella lanzó una carcajada aguda.

— ¡Ah, ah! Usted quiere definir su situación, pero también desea obtener en cambio algunas ventajas, algunas garantías... Á mi padre, que es un hombre positivista, le gustaría mucho esa manera de obrar... Eso se llama en Bolsa, contra-partida.

Él protestó con un gesto alegre y pudibundo.

— ¡Qué mal me juzga usted! ¿Es posible que su corazón esté tan desencantado que sólo vea el interés? Ya haré que tenga usted mejor opinión de mí... Me fiaré completamente de usted...

Una sombra pasó por la frente de Luciana. Quería vencer á aquel peligroso Prédalgonde, pero no engañarle. La nobleza de su carácter rechazaba la mentira, y repuso con acento áspero :

— ¡Tenga usted cuidado ! ¿ Quién le ha dicho que yo no puedo burlarme de usted ?

La mirada del Rey de París se tornó instantáneamente clara y dura; una palidez repentina dió á su semblante una expresión terrible, irguió su talle hasta entonces encorvado por las galanterías de la entrevista, y exclamó con su aplomo soberbio de bandido :

— ¡Yo no temo nada!... Por lo demás, ¡el que quisiera burlarse de mí no lo haría sin peligro!...

Luciana le admiró en aquel momento en que se mostraba tan amenazador, sin miramientos ni restricciones, y su *diletantismo* de muchacha aburrída por las pequeñeces de la vida, experimentó un extraño regocijo. Pero Roger se había serenado instantáneamente y volvía conciliador y meloso.

— Por lo demás, — dijo — usted sólo se compromete á consentir que yo la quiera, y eso es lo único que yo deseo. Ya sabré convencerla á usted.

— Esa es vuestra empresa. No quiero otra cosa.

Fueron interrumpidos por la llegada del señor Maréchal, que iba á ver á su hija, antes de comer. El senador vestía traje de etiqueta, como todas las noches. Dejó que Prédalgonde le estrechase la mano.

Nunca había sentido simpatía por aquel príncipe de la juventud; sólo estimaba á las personas útiles y no creía que el gastar dinero fuese una función social. La asiduidad con que Roger cortejaba á Luciana, le preocupaba : Empezó á hablar diciendo una estupidez :

— ¿ La duquesa sigue bien ?

Prédalgonde pareció helarse y repuso :

— Supongo.... Hace algún tiempo que no la veo.

El senador, estupefacto, miró al marqués, luego á su hija y viéndoles muy graves, no insistió. Luciana dijo :

— Cuando has llegado hablábamos de viajes, y el señor de Prédalgonde se ofrecía á llevarte á Alejandría en su yate.... Yo iría también....

El rostro de Roger se iluminó. Había exigido garantías y la señorita Maréchal se las daba. Aquel viaje con él, la comprometía. Pero aquella noche el senador se mostraba poco comunicativo.

— Á fé mía, querida, que ya tendrás medios de ir á Egipto, si lo deseas. He hecho un arreglo con las Mensajerías marítimas, en virtud del cual tengo siempre un buque á mi disposición... No quiero despreciar el navío del señor Prédalgonde, pero los vapores ofrecen más seguridades que esas cáscaras de nuez que se emplean para los viajes de recreo. Ya comprendes : me acompaña una docena de mayores contribuyentes del gobierno y de la banca.... y no

puedo meterlos en primera clase con cien pasajeros más. Tendremos un paquebote de nuestra propiedad, y si quieres venir con nosotros, lo celebraremos...

— Muchas gracias, padre mío, no quiero verme entre vuestros mayores contribuyentes que son tan divertidos, generalmente, como un gorro de dormir...

— Pero el viaje será hermosísimo. Malta... Alejandría... Smirna, el Líbano... ¡ Ah! tú que tienes un espíritu propenso á la poesía... ¿ Eh, el Líbano?

— Todo depende de los compañeros de viaje... El yate me hubiera agradado, pero el paquebote no me conviene.

Aquella frase fué acompañada de una mirada encantadora. Prédalgonde juzgó que debía retirarse después de aquel gracioso cumplimiento. Besó la mano de Luciana, saludó al senador, y oyó encantado que la joven le preguntaba al despedirle :

— ¿ Le verá á usted mañana?

— Seguramente, si usted me lo permite.

— Se lo pido.

Roger se inclinó y salió. El senador, que se había sentado junto á la chimenea, dijo mirando á su hija :

— ¿ Estás coqueteando, ahora? ¡ Y con el señor Prédalgonde! ¿ Qué significa esto? ¿ Tendrás la idea de casarte con él?

— ¿ Después de haber rechazado á todo París, no es cierto? — dijo la joven lanzando una carcajada.

¡ Y bien!... ¿ Qué diría usted si yo pensase en ese matrimonio?

— Diría que estás loca.

— ¿ Cree usted que lo estoy?

— No. Un poco chiflada, únicamente.

— Muchas gracias. Y usted, ¿ qué piensa del señor Prédalgonde?

— Absolutamente nada. Es uno de esos individuos que no existen para mí.

— ¿ Cree usted que es rico?

— Creo que no tiene un cuarto.

— ¿ Le cree usted noble?

— Eso me es indiferente. La nobleza no me merece ninguna consideración.

— ¿ Le juzga usted galante?

— He oído referir horrores de él, y eso es prueba de superioridad. Únicamente se ataca á los que lo merecen.

— ¿ Le querría usted por yerno?

— No.

— ¿ Por qué?

— Porque es un guapo mozo que no hace nada.

— ¿ Y el señor Juan Hiénard?

El senador frunció el entrecejo.

— Luciana, ¿ te estás burlando de mí?

— Eso hago algunas veces, — dijo la joven riendo; — pero hoy no es día á propósito.

— ¿ Me preguntas seriamente si yo querría á Juan Hiénard por yerno ?

— Sí.

Maréchal movió la cabeza y luego dijo en voz baja, como humillado :

— Creo que será él quien no me acepte á mí por suegro.

— ¿ Á causa de usted, ó á causa mía ?

— Ni por tí ni por mí, porque tú eres una muchacha buena y yo soy un hombre honrado. Á causa del muchísimo oro que hay en esta casa. Hiénard es, tal vez, el único hombre que no se vende.

Luciana tuvo una sonrisa que transfiguró su rostro delgado y pálido, y apareció embellecida por la poética inteligencia que brillaba en sus ojos.

— Sí, — dijo; — es de los que no se venden, de los que no se entregan. ¡ Dichosa de aquella á quien se rinda !

Y como el senador quisiese preguntarla algo, la joven hizo un enérgico movimiento negativo y repuso lanzando un suspiro :

— Vamos, padre mío, vamos á comer.

La misma noche de aquel día que tanto prometía influir en la vida del señor de Prédalgonde, estaba éste preparándose para ir al círculo, á eso de las diez, cuando su ayuda de cámara apareció y le dijo con aire misterioso :

— Ahí está la señora duquesa; dice que quiere hablar con el señor marqués....

La contrariedad de Roger fué tan grande, que sufrió unos segundos de verdadera angustia. Pero reflexionó que aquel encuentro era inevitable, que tarde ó temprano sucedería, y que tal vez fuese conveniente acelerarlo. Una vez desembarazado el terreno, sería más fácil evitar cualquier sorpresa desagradable. Hizo una seña al criado para que se marchase, abrió una puerta y pasó al salón. La señora de Diernstein le esperaba sentada en un sillón, vestida de negro, con un velo echado sobre la cara. Al ver entrar á Prédalgonde, no se levantó; pero sus ojos se fijaron sobre él escrutadores y ansiosos, reflejando el temor del abandono definitivo. Él avanzó con mucho desembarazo, sonriendo, y exclamó alegremente, sin que mediase ni una explicación, ni una excusa, como si se hubiesen separado la víspera :

— ¡ Hola, querida amiga, es usted ! ¡ Qué sorpresa tan agradable ! ¿ Conque ha vuelto usted á París ? Debía usted habérmelo dicho, la hubiera ido á ver....

Ella le interrumpió con un gesto y murmuró anhelante de dolor, viéndole mentir con aquel desparpajo :

— Usted sabía que yo estaba aquí, y como no ha ido usted á verme, por eso he venido...

Él quiso hablar, protestar; hasta dijo: « Pero, querida Elisa »... Ella no le dejó concluir: las lágrimas brotaron al escuchar aquel nombre, dulce recuerdo de días felices, y dijo con acento firme aunque el dolor hacía temblar sus labios.

— Ahórrese usted el horror de engañarme... Hasta aquí ha usado usted para conmigo y sin necesidad, de una crueldad atroz: ahora, siga usted, que la franqueza completa, por terrible que sea, puede serme útil...

Él permanecía de pie delante de ella, apoyado sobre la chimenea, frío y siniestro; la entrevista empezaba á serle molesta, porque preveía una escena de desesperación en vez de una escena de reproches. Pero al fin tuvo el valor de su resolución tomada, y concedió el honor, á su tierna y noble víctima, de no tratarla como á una mujer vulgar.

— La obedeceré á usted, — dijo con aquella gracia fiera que constituía su mayor encanto. — La he querido demasiado para pretender humillarla... Mi confesión la permitirá á usted atribuir nuestra separación á la causa que usted guste... Usted tendrá, si eso le conviene, la ventaja de la ruptura... Yo no diré ni una palabra, para desmentirla... Me someto á su discreción...

Ella le miraba, le oía, y su aire abnegado y sus palabras generosas se lo fingían aún más adorable. ¿ Era posible que le perdiese cuando le amaba á des-

pecho de todas sus faltas? Ahora ya conocía bien aquel corazón obscuro que nunca se había franqueado enteramente. Aquella prueba la pareció que debía ser decisiva y saludable. Ó le reconquistaba ó le perdía para siempre.

— ¡ Pobre loco! — dijo; — no se ha rendido usted á mi discreción, sino á merced de los que quieren perderle.

— ¿ Perderme, — preguntó Roger, — y por qué? ¿ Hay gentes interesadas en perderme y usted lo sabe? No comprendo. Explíquese usted más claramente.

— ¿ Ha creído usted en las insinuaciones de la señorita Maréchal? ¿ Hace usted caso de sus coquetterías? Pues le engaña, se mofa de usted, y cuando consiga separarle de mí irremisiblemente, le abandonará.

Él hizo un movimiento de alegría. Los celos eran los que impulsaban á la señora Diernstein á dirigirle estas torpes insinuaciones. Al principio tuvo un instante de inquietud, preguntándose si, en efecto, habría caído en un lazo. Pero aquella revelación indiscreta de un complot urdido contra él, era demasiado simple; ¡ malicia burda de cabellos blancos! De este modo la franqueza misma de la pobre Elisa que traicionaba de un golpe á todos sus aliados, se revolvía contra ella. Una perfidia hábil hubiese podido alarmar á Prédalgonde, pero la verdad escueta y confesada de golpe,

no le convenía. Cogió una silla, sentóse junto á la duquesa y mirándola con aire compasivo ;

— Me entristece usted, Elisa, — dijo ; — me trata usted como á un tonto. Creí que me juzgaría usted mejor. ¿ Sería yo un hombre digno de que usted me quisiese, si me dejase asustar por esas revelaciones? Esos son argumentos de mujercuelas, y sin duda dentro de un rato piensa usted decirme que va á matarse si no le juro fidelidad. ¡ Oh !... ¿ Cómo iba yo á suponer que emplease usted conmigo esos ardides tan mezquinos ?

— ¡ No me cree usted ! — gritó la señora de Diernstein ; — ¡ Ah, ese es el castigo que merezco ! ¡ He traicionado á Luciana y ahora usted no me cree !...

— Pero si no debo creerla á usted. ¿ Qué motivos puede tener la señorita Maréchal para querer hacerme daño ? ¿ Y yo, qué temor puedo abrigar ? Mi situación es bien sencilla y bien normal. Se finge usted ilusiones muy extrañas y cuanto acaba de referirme es novelesco... Nosotros nos hemos amado, Elisa, y de usted ha dependido el que no nos hayamos ligado para siempre. Usted ha preferido su libertad á mi cariño, y de ahí procede todo el mal.

— ¡ Ah ! eres tú, ingrato, quien ha preferido tu interés á mi ternura, y eso va á hundirte... Has perdido la cabeza viendo á Luciana tan rica, y lo has olvidado todo en un instante ; tus promesas, mis esperanzas... Antes que esa peligrosa muchacha se interpu-

siese en tu camino, no me veías más que á mí y no pensabas abandonarme ; y cuando te digo que Luciana representa esta comedia con el único propósito de separarnos, te imaginas que hablo impulsada por los celos. ¡ No ! La piedad que me inspiras es lo que me trae y lo que me mueve á suplicarte que no insistas en tu resolución. Caminas al encuentro de una afrenta cruel de la cual no conseguirás redimirte nunca ; después de dejarme no podrás volver á mí, el escándalo habrá sido demasiado grande, la ruptura demasiado ostensible ; y sólo me quedará el consuelo de llorarte, porque entonces estarás perdido, no solamente para mí, sino para ti mismo. ¿ Qué será de tu prestigio cuando seas despedido por la señorita Maréchal ? ¿ Tu brillante realeza, que te hace tan orgulloso, existirá cuando el público averigüe que fracasaste, como tantos otros, con la hija del senador ? Si pudiese asegurarte el triunfo, juro que lo hacía. Te quiero tanto, que me sacrificaría con gusto por tu dicha, puesto que tu anhelo supremo es el de ser rico. ¿ Y para qué te servirán las riquezas sin amor ? Porque tú no puedes amar á esa Luciana. ¿ Qué tiene que pueda seducirte, si no es su inmensa fortuna ? ¡ Oh ! Roger, acuérdate de nuestro pasado. ¿ Vas á encontrar en el porvenir delicias semejantes ? Reflexiona. Aún es tiempo. Di una palabra y yo perdono y olvido... ¿ Quieres, Roger ?...

Le había cogido por el cuello y obligado á apoyar

la cabeza sobre su hombro; y le retenía allí, abrazado como á un niño y sujeto como á un amante. En aquel momento su maternidad se confundía con su amor y con un cierto sentimiento heroico que la hubiese arrastrado á las peores locuras, si Prédalgonde no hubiera estado resuelto á no consentírselas. Había conservado toda su sangre fría y, á pesar de las ardientes lágrimas que Elisa derramaba sobre su frente, no perdía de vista la ejecución de su plan. Se hallaba atormentado por la idea de que ciertas personas le eran hostiles, según la duquesa continuaba asegurando, y discurría el medio de obligarla á revelar el nombre de sus enemigos. ¡Ah, cómo sabría vengarse de todos! ¡Cómo les devolvería el mal rato que en aquel momento estaba sufriendo por ellos! Se desprendió de Elisa y dijo con una tranquilidad que no daba lugar á ninguna esperanza:

— Lo que ha muerto, bien muerto está. Usted ha matado mi amor y es inútil querer resucitarle.

La duquesa se irguió, sintiendo que su altivez despertaba ante tanta dureza, y gritó exasperada por la certidumbre de que sería inútil todo cuanto hiciese por reconquistar á Roger:

— Anda pues, y que tu destino se cumpla. Á mí me debes lo que eres. Lejos de mi lado volverás á caer en la obscuridad.

Aquella amenaza le llegó á lo vivo. Sus ojos chispearon y dijo riendo colérico:

— Exagera usted su poder; yo valgo por mí mismo, usted bien lo sabe, puesto que está usted apurando los últimos recursos para retenerme. Yo la he querido demasiado, pero usted ha regateado mucho sus sacrificios á cambio de los que yo la prodigué. Usted ha querido permanecer duquesa... Pues otra será marquesa, y usted tendrá la culpa...

Ella aún tuvo un chispazo de esperanza, viendo el despecho de Roger; le amaba tanto que no tenía orgullo, y sólo le importaba su ternura.

— ¿Es por eso por lo que deseas separarte de mí? ¿Es porque no me he anticipado á tu deseo ofreciéndome á ser esposa tuya? ¿Hace falta eso para que vuelvas á mí?

Volvió á enlazarle entre sus brazos y así, enloquecida por el temor de perderle definitivamente, rabiosa de dolor y de cariño, pronta, en aquel momento supremo, á revolver el mundo para continuar gozando aquella ilusión de su vida, gritó delirante:

— ¡Y bien!... ¿Lo quieres?... Dime una palabra, una sola, y nos uniremos para siempre.

Él la miró con aire victorioso.

— ¿Quién la ha aconsejado á usted mal? ¿Quién ha procurado separarla de mí? ¿Quién ha sembrado la duda en su corazón?

Ella estaba temblando de angustia y de fiebre, pero guardó silencio. Roger añadió con mayor energía.

— Usted ha dicho, hace un momento, que tengo

enemigos. ¿Quiénes son? ¿Quién me amenaza?
¿Quién me ha traicionado?

Ella seguía callando: él la cogió la mano, la obligó á levantar la cabeza y dijo mirándola fijamente á los ojos:

— ¿Cómo quiere usted que la crea si no me dice usted toda la verdad? ¿Su oferta de olvido y de reconciliación, no puede ser un lazo que me tiende usted?

— ¡Yo!... ¿Yo?

— ¡Usted! ¿Por qué no? Puesto que conoce usted los secretos de mis enemigos y no quiere decírmelos. Veamos, ¿quién me ha traicionado? ¿Es la Sauvelys? ¿Es la Olifaunt? Es la...

Elisa se tapaba los oídos para no escuchar la enumeración de aquellas mujeres que habían sido rivales suyas y á quienes odiaba aunque no las conocía bien, y que él se complacía en nombrar para torturarla. Al fin gritó:

— ¡Ninguna mujer, ninguna!

— ¿Entonces es un hombre el que me persigue y amenaza? ¡Ah, pardiez, desgraciado de él! ¿Quién es? Le mato...

Todo lo comprendió en el semblante desencajado de la pobre mujer, y en sus protestas de loca. Hizo un gesto terrible y añadió con feroz ironía:

— ¿Conque es el señor Juan Hiénard? ¿Es vuestro hijo quien interviene en las pasiones de mi corazón?

Ese joven me aburría grandemente desde hace algún tiempo: pero puesto que se vuelve agresivo, ¡ay de él!

Ella se levantó aterrorizada:

— ¡Roger, usted y mi hijo! ¡Ah, eso es imposible!

Él repuso con una resolución implacable.

— Entonces, ruéguele usted que no intervenga más en mis asuntos. Ese es el verdadero obstáculo que ha mediado entre nosotros, y que usted no ha sabido ó no ha querido separar. Vuestro hijo ha sido un censor bien molestó de vuestra conducta, pero no le consentiré que sea juez de la mía. Y, tan cierto como estamos reunidos aquí usted y yo, que si dentro de veinticuatro horas no ha dejado de contrariarme en mis designios, ¡le busco, le encuentro, y es hombre muerto!

Ella, asustada, lanzó un grito:

— ¿Sería usted capaz de matarle, Roger?

Prédalgonde sonrió levemente. No había dicho que mataría á Hiénard, sólo afirmó que su enemigo sería hombre muerto. Miró fríamente á la señora de Diernstein, y repuso:

— ¡Ese mentecato me dejará ó le castigaré!

Ante aquel insulto, la madre tuvo un arranque hermoso, y mostrando á su amante un semblante altanero y valeroso que él no conocía, dejó escapar de sus labios desdeñosos estas arrogantes palabras:

— ¡Se engaña usted, mi hijo es un Diernstein; y

siempre los Diernstein castigarán á los Prédalgonde!

Bajó su velo y, sin hacer un gesto de despedida, firme, derecha y muda, pasó por delante de su amante, abrió la puerta y desapareció.

Él la siguió con los ojos, sorprendido á pesar de su impudencia, desconcertado á despecho de su cinismo, con el corazón un poco oprimido á pesar de su audacia: después se encogió de hombros consolándose con esta injuria soez:

— ¡Vieja bestia!...

Cogió su sombrero y su gabán, y salió camino del Círculo.

XI

Á eso de las tres, la señora de Sauvelys estaba en su casa de la calle Velázquez, sentada junto á una ventana que caía sobre el parque Monceau, leyendo distraídamente un libro. Sus ojos se apartaban á menudo de la página comenzada para fijarse en el cuadro ofrecido por aquel gran jardín muerto bajo el cielo de otoño. Los árboles extendían en la bruma ligera sus ramas negras y retorcidas, las hojas caídas cubrían la hierba amarilleada por la helada, y las estatuas se erguían frías y tristes sobre sus pedestales ennegrecidos por la lluvia. Los coches pasaban lentamente á lo largo de la gran avenida silenciosa, y los guardias, envueltos en sus uniformes verdes, se paseaban aburridos de no hacer nada. Era un tiempo esplinoso. El día declinaba entenebreciendo la naturaleza y el pensamiento. Hacía tres días que la señora de Sauvelys no veía á Luciana. La joven no había venido á la calle de Velázquez, ni la baronesa había ido á la calle de la Universidad.

No estaban reñidas, pero se desafiaban mutuamente. La señora de Sauvelys no ignoraba los